

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, diciembre de 1957

Núm. 1066

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".
(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración
Muralla 7. 1.º T. f. 1088
G I J Ó N

LA SAGRADA FAMILIA DE NAZARETH (Estampas bíblicas)

I

NAZARETH dormitaba a la sombra de sus verdes palmeras floridas, cual paloma que está descansando tras un vuelo penoso en fatigas. En la pobre casita hogareña de sus padres, el Niño crecía, esperando llegase la hora ver su acción redentora cumplida. Feliz siéntese allí la azucena de Dios Padre, la Virgen María, pues contempla a su Hijo adorado todo paz bondadosa y tranquila bajo el techo de su hogar humilde que a los tres santos seres cobija,

Por el día Jesús se ocupaba en trabajos de carpintería, y ayudando al Patriarca José a hacer carros, coyuntas y sillas. (1) Y María las labores de casa, placentera y alegre atendía: con un jarro de barro vidrioso a la fuente por agua encaminase; molía el trigo y la harina amasaba, y el horno de leña los tortos cocía; otras veces con rueca y husillo vellones cardados de lana muy limpia hilaba afanosa la casta Doncella, o bien remendaba la ropa y cosía.

Jesús por las noches, de pie en la azotea de su casa, los ojos tendía con dulzura y amor infinito de elevada alma reflexiva, dominando las altas montañas y los bosque de la lejanía. En mucho coloquio con el Padre Eterno las nocturnas horas así transcurrían.

María, su Madre, jamás fué importuna ni exigente, ELLA, nunca interrumpía las meditaciones de su amado Hijo; pues la Nazarena muy cierto sabía que con Dios hablaba durante las horas de recogimiento y soledad habitadas. Cuando estaba impaciente corría en su busca para admirar gozosa la luz divina de su Hijo bendito, quien al ver a su Madre se enternecía y con bondad mirándola embelesado desplegaban sus labios dulce sonrisa.

El que era Hijo de Dios seguía a su Madre siempre excelsa para EL, y tan querida, silencioso y humilde y obediente; viviendo oculto y oscuro en compañía de su padre en la tierra, y le ayudaba en el pobre taller que poseía.

Son tantas y tan poéticas las tradiciones escritas de la infancia de JESUS

por los árabes que habitan en Nazareth, que el narrarlas un gran libro ocuparía. Sin embargo contentémonos con estas dos a la vista.

Se hallaba JESUS un sábado a la hora del medio día muy cerca de una cisterna sentado, y se entretenía haciendo unos pajarillos de barro, que luego iba en el brocal colocándolos con infantil alegría. Acertó a pasar un viejo fariseo, quien le decía:—Niño, dí, ¿por qué trabajas hoy sábado que es el día de precepto, a la ley faltando de tus mayores? ¿No lo sabías?—

Alzó sus hermosos ojos JESUS, y se sonreía; mirando a aquel anciano con afecto y simpatía díjole con grato acento, con voz suave y persuasiva, —Yo no trabajo; yo creo.... ¡Volad y cantad, avecillas ¡Vuestra región el espacio será. ¡Que Dios os bendiga!

Las animadas aves resurgieron a la vida, un raudo vuelo tomaron hacia praderas vecinas, y sus trinos melodiosos por los aires se esparcían.

Se retiró el fariseo pensativo en demasía de aquel lugar, murmurando:—Milagro ha sido a fé mía, Dios ha bajado a la tierra; su Omnipotencia divina entre nosotros está. ¡Sea alabada y bendita!

Algunos días después, cuatro mozos conducían sobre camilla portátil de ramas de árbol tupidas a un joven del cuerpo herido sin dar señales de vida. Bajo el modesto emparrado que da sombra a la casita de José, se detuvieron posando las angarillas. JESUS estaba allí sólo, y se acercó a la camilla. —¿Qué tiene aqueste mancebo?—Pues le ha picado una víbora, y su muerte es ya segura; la infección va más que aprisa.—

—Apartaos, dijo el Dios Niño; y colocando enseguida sus labios sobre el veneno que la picadura vertía, con pasmo de los presentes un beso estampó en la herida. Se estremeció el moribundo, quien recobrando energías abrió sus ojos cerrados para ver quien le da vida... y al costado de JESUS un puñetazo arrima,

Sonriendo, el Justo le ha dicho: «—Tú te llamarás un día Judas, serás mi discípulo; me besarás la mejilla derecha para entregarme a los que

»irán en busca mía; luego por treinta
»dineros me venderá tu codicia; y una
»lanza me herirá después de muerto,
»en la misma parte que tú has golpea-
»do sin saber lo que te hacías.—El re-
»suscitado mozo y compañeros se re-
»tiran».

II

Ante el silencio augusto de la noche
en éxtasis quedábase arrobado,
y a su pecho cual muypreciado broche
por el que se sintiese enamorado,
a una cruz de su talla, de madera,
el buen JESUS veíase abrazado:

la Cruz que con sus manos EL hiciera.
En su pasión y muerte el pensamiento,
dolorosa agonía es la que espera.

Vueltos los ojos hacia el firmamento,
infinita ternura reflejaba
aquel dulce mirar de sentimiento;
y en sublime coloquio se expresaba;

--«Cruz amada, recibe estos abrazos,
pues día llegará en que esté pendiente
de tu sagrado leño con mis brazos,
y no podrán contra mi pecho ardiente
felices y amorosos estrecharte,
ni yo en los tuyos apoyar mi frente».

«Mi sangre redentora ha de mancharte
de mis manos y de mis pies fluyendo
por presión dolorida y triturante
de gruesos clavos en mi carne hundiendo:
Más tú serás, bendita Cruz, mi Esposa
el símbolo divino defendiendo
al ser humano de la perniciosa
maldad con que Luzbel sus redes tiende
para apresarlo su audacia cautelosa».

«Cruz mía, tú serás de quien te ofende
y en Ti busca el perdón arrepentido,
el bálsamo de amor en que se enciende;
del naufrago, el faro apetecido;
del pecador la única esperanza,
y el consuelo del pobre desvalido».

«Serás de las naciones firme alianza,
y los hombres que hoy como instrumento
de su crimen te escogen cual venganza,
te elevarán altares de respeto,
y caerán a tus piés para adorarte
como la intercesora en valimiento
entre Dios y los hombres, y ensalzarte;
pues muy en breve hasta la última gota
de mi sangre derramaré al mirarte
por vez postrera en el rocoso Gólgota».

«Igualmente serás árbol frondoso
a cuya sombra el bienestar se alcanza;
bajo tu amparo misericordioso
a gozar de la bienaventuranza
del Eterno, a ella irán los elegidos;
áncora de salvación y de bonanza,
por tus brazos veránse protegidos».

(1) Versión de San Justino, mártir.

(En aquel tiempo, los condenados a muerte eran conducidos entre soldados romanos al monte llamado de *las Calaveras* o Calvario, en la cumbre del Gólgota, para ser ajusticiados en lo alto de una cruz, que era el patíbulo. Dimas y Gestas, así mismo colgados a derecha e izquierda del Nazareno, le sobrevivieron, y acercándose a ellos los verdugos y hallándolos aún con vida, comenzaron a quebrarles los huesos para que muriesen desangrados.—Versión de la obra histórico-bíblica «El Mártir del Gólgota»).

El docto panegirista San Bernardo, se hace lenguas al glosar en sus Memorias la sublime inteligencia habida entre Madre e Hijo, para cumplir en la tierra la redentora misión que el Eterno les confiara. El Santo, no admira menos la dignidad tan excelsa de la Virgen sin mancilla, que la humildad manifiesta de JESUS.

«Este DIOS, dice San Bernardo, «a quien veneran ángeles y serafines: a quien rinden obediencia príncipes y potestades y santos de la Corte Eterna, está sujeto a MARIA. Admiraremos en conciencia cualquiera de estas dos cosas: el asombro que en sí encierra tanto la humildad del Hijo, o la dignidad extrema y eminente de la Madre; en cuanto a mí, me enajena, y una y otra me asombran por su celestial belleza, pues son dos grandes portentos, que todo un DIOS obedezca a una MUJER, es un acto de fiel humildad suprema. Que una MUJER mande a un DIOS, es gloria imperecedera sin igual en este mundo».

En su libro de las *Grandezas de la Virgen*, el padre Ebieuf, dice: «Cristo en cielo y tierra corresponde generoso con una ternura inmensa al fuerte amor de su Madre, un amor por excelencia».

«MARIA, siempre celosa por la gloria da su Prenda, el Dios Niño, y conocedora de los textos de su época sagrados instruía feliz con intuición verdadera al Hijo de sus entrañas, en las leyes y en las reglas piadosas de sus mayores que debían seguirse. ELLA, le hablaba de DIOS, su Padre, como se habla a la inocencia de los niños; a quererle y adorarle en reverencia; y sus palabras dulcísimas poco a poco en su alma entran a través de los sentidos».

«Y cuando El ya comienza a ser algo más robusto, a desplegarse su lengua, ELLA le canta y le aprende con suave delicadeza aquellos himnos piadosos que la ley instituyera para alabanza de DIOS. ¡Oh santa y feliz escuela en que el HIJO de MARIA aprende, y su Madre enseña!»

Por la adaptación;

Moisés García Fernández

«Religión y Patria»

Periódico de
propaganda católica

Padre, deme de comulgar

Desde la vigilia de Pascua se llama Gracia; Gracia Celia Benedicta. Pero su madre, que a regañadientes la dejó bautizarse, porque es pagana y cree fervientemente en las historias de Rutukuzambuga y Rukalabumkaba (y en su grigri de dientes de Leopardo), la sigue llamando Lingamila; esto es, «mi gallinita negra», cosa al fin y al cabo, más emotiva y graciosa que si la llamara Cuqui, Chuchi, Popi, Fifi, Lelé, Potiti, Bibini y demás onomatopéyicas vaciedades con las que las gentes bautizadas y cursis desfiguran sus hermosos nombres cristianos.

Gracia, desde ese día, vive radiante. no sabe lo que le pasa. Por las mañanitas, el sol de Nyondo llama en las paredes de su cabaña cuando aún está tendida en su estera de moriche. Se filtra por las mil rendijas, y, apenas desatranca la puerta, es una cortina de oro que cambia, mágica, la figura de las cosas. Su madre ronca beatamente de cara a la pared, porque ésta es su vieja costumbre inalterable; y ella, la pequeña Gracia, aprovecha este primer instante del día para ponerse de rodillas, como les dice el Padre Leónidas que estaba la Virgen María cuando, a esta hora del amanecer o un poquito antes, vino del cielo el ángel Gabriel. Se persigna así, devota y cuidadosamente, desde la frente al pecho y desde uno a otro de sus hombros y ante la medalla de la Virgen Inmaculada que le pende al cuello repite en su lengua cubemba las mismas palabras del Arcángel. En la palma rosada de su mano la medalla, encendida por el sol, es un ascua de oro. También las sagradas palabras «Dios te salve María...» en labios de la niña pura, son unos pájaros de oro que escapan al cielo. Esto sucede cada mañanita en la aldea de Bukaba, distrito de Nyondo, desde que Lingamila se llama Gracia; Gracia Celia Benedicta.

En seguida, la niña coge dos grandes calabazas rubias y ventradas que sirven de cantimploras, y baja al arroyo a llenarlas de agua fresca. En el camino cantan los gallos, los de mamá Ukanuba y los de las vecinas, y entre los espesos tamarindos y, sobre todo, un poco más arriba, a la entrada del bosque, suele haber una algarrabía de pequeños y rutilantes pájaros. También Gracia baja cantando. Chapotea en el agua, que no le llega a las corbas. Con un puñado de agaves verdes por esponja, se restriega piernas, brazos y cara hasta sentirse reluciente y olorosa. Luego llena sus calabazas, y una en la cabeza y otra a la cadera, sube hacia la cabaña, sin miedo a las tarántulas, que huyen del olor del agave, ni a las serpientes, que aún dormitan entumecidas en lo oscuro del bosque mientras las gotitas de rocío brillan a la boca de la madriguera.

Mamá Ukanuba ya está en jarras a la puerta. Delante de ella, el cuenco de mijo para la polenta, en espera del agua.

—¡Ay, qué patitas de alambre tiene mi «gallinita negra»! — le grita viéndola subir, grácil y espigada, toda erguida para sostener el equilibrio de su calabaza—.

No sé qué te daré para engordar un poco esas pantorrillas.

Porque para Ukanuba no hay rebaños de vacas en todo el valle de Nyondo que valgan lo que vale una sola patita de alambre de su Lingamila. Sólo por no entristecerla ha consentido en que le cambien el nombre y le pongan al cuello esa medalla en lugar del «gri-gri» que han llevado todos en su casta. Y lo peor es que algún día la pedirá que ella también se ponga su medalla y no sabrá decirle que no.

La culpa la tienen esas benibikiras que han abierto su escuela de ladrillos color de rosa al fondo del valle, a un cuarto de hora de camino. Pero verdad es que, gracias a ellas, su Lingamila aprende a coser, a preparar la polenta y el pombe de mil maneras sabrosas y a leer los pensamientos que otros escriben en los papeles. El día de mañana podrá casarla con el hijo del jefe o con alguno de esos robustos policías que aparecen de vez en cuando como una exhalación en sus ruidosas «piki-piki».

Con otras niñas que también ostentan su reluciente medallita redonda, Gracia Celia Benedicta va a la escuela de las benibikiras, de donde no volverá hasta el atardecer. A la espalda le cuelga el cestillo con su sarabo de mijo cocido y su torta de mangos para la comida del medio día.

Entonces, Ukanuba saca sus dos vacas al prado. Las tiene gordas, con las rosadas ubres repletas y el pelo lustroso. Luego las bajará a abrevar a un recodo sombrío donde el agua se mantiene fresca; pero, seguramente, antes se habrá encaramado en el tozo, que a espaldas de la cabaña, domina el valle y podrá ver, durante un buen trecho, a Gracia y sus amiguitas que se alejan cantando.

¿Cuántas veces ha comulgado Gracia Celia Benedicta? Dos, nada más que dos, contesta apuntando con sus finos y largos dedos, y aún le sobran dedos en las manos. Una el día mismo de su bautizo, por Pascua Florida; otra, el domingo del Buen Pastor, en Rugucha, a donde fueron las benibikiras de la escuela con todas las niñas mayores; Ukanuba no quería dejarla porque decía estaba demasiado lejos, y no le faltaba razón. Seis kilómetros largos eran demasiada caminata, en ayunas para las patitas de alambre de su «gallinita negra». Pero, como siempre, se sintió desarmada ante aquellos ojos que le miraban suplicantes y tristes. Mañana, primer viernes, va a ser la tercera vez. Eso, al menos, piensa la niña cuando viene de la escuela saltando de gozo. Pero esta vez Ukanuba se muestra inflexible.

—Mañana, no. Te dejé hace días y basta.

—Mamá, mañana es primer viernes.

—Yo no entiendo de esas cosas. Mañana tengo yo que ir al mercado de Rugucha y tú te has de quedar cuidando las vacas.

La niña le echa los brazos al cuello.

—Bikira, mamá, van todas las niñas que hicieron la primera comunión. Yo no puedo faltar. Dejame ir con ellas.

—Te digo que no. Y no me los pida más.

Y se suelta, brusca, de la niña, para no dejarse enternecer.

Acurrucada en su rincón, Gracia murmura:

—Si supieras, madre, lo que es comulgar.

—No lo sé ni me importa.

Tras un largo silencio, la vocecita de la niña insiste:

—Si supieras lo que es recibir a Jesús...

Y estalla en un sollozo

De ma drugada, Ukanuba se desvela y espía en la sombra. Su niña no duerme. Se oyen, en el silencio, sus sollozos sofocados contra la estera. Realmente, no comprende que puede ser eso de comulgar. Pero lo que sí ve claro es que no tendrá más remedio que ceder y quedarse en casa.

Con el primer sol, como todos los días, Gracia Celia Benedicta se levanta y baja a llenar sus calabazas en el arroyo. A esa hora habrán salido las monjitas camino de Rugucha, para la misa del Padre Leónidas. Al pie del agua se ha quedado un momento pensativa con la medalla en los labios.

—¡Bikira María, llévame a comulgar!

Cuando sube a la cabaña, su madre la aguarda con el cestillo de la escuela bien repleto, en el que, además, ha añadido una pequeña torta de higos, manteca y granos de sésamo.

—Anda, patitas de alambre. Anda a comulgar y a ver si con eso me engordas un poco.

La niña baja la cuesta como una exhalación y se mete por entre los campos de mijo de Banduko, el jefe, que a esa hora duerme aún tranquilo. Llega sin aliento a las puertas de las benibikiras. Está cerrada y nadie contesta. Hace rato, en efecto, ellas y sus niñas salieron hacia Rugucha. El camino es llano, calle adelante, y el arroyo corre a la vera durante largo trecho. Gracia Celia Benedicta camina con alas en los pies. La verdad es que el sol no calienta todavía demasiado. Sin el menor esfuerzo, apenas sin detenerse, va arrancando de la verde orilla campánulas azules, blancas celindas y botones de oro, hasta formar un hermoso ramillete. Se lo dará al Padre Leónidas después de comulgar, o, si este tiene demasiada prisa, ella misma aguardará a que monte en su «piki-piki» y lo colocará sobre el altar, cerquita del Sagrario. También las flores son para Jesús, lo mismo que su corazón, que muchas veces le dicen las monjas que es otra hermosa flor grande y roja como los tulipanes del jardín de la capilla, que es preciso guardar para El siempre pura y fragante.

A veces, el camino ondula siguiendo los caprichos del arroyo. Y, en una de esas vueltas que flanquean una apacible colina, he aquí, de repente, el poblado de Rugucha, con su capilla blanca descollando entre los oscuros techos de palmiste. A la puerta de la capilla, Sor Lucila, que sale en aquel momento seguida de las niñas, le pregunta irónica:

—¿A dónde vas, Gracia, con ese ramo de flores?

—A comulgar.

Una alegre carcajada estalla a su alrededor.

—Será el primer viernes el mes que viene. Ya ha sido la Misa y el Padre acaba de marcharse.

La niña se ha quedado pálida. Lentamente ha entrado en la capilla a dejar su

ramo de celindas ante el Sagrario vacío. Dos lágrimas le corren silenciosas. Murmura apenas:

—¡Jesús, quiero comulgar!

Se ha sentado en la punta del banco más próximo al altar y piensa. Piensa que mucho más lejos está la iglesia de la Misión donde comulgó la primera vez el día de Pascua. Mucho más lejos. Allí viven los Misioneros y está siempre Jesús día y noche. Pero el camino ya no va junto al arroyo. A veces sube por un calvero del monte, sobre barrancos profundos, y otras se hunde y se borra en el mismo barranco pedregoso y abrasado o se mete bosque adentro donde el sol calentó ya a las serpientes y todos los sentidos son pocos porque el peligro acecha a cada paso. Gracia se ha puesto en pie y repite, persignándose lenta y tranquila:

—¡Jesús, quiero comulgar!

A las cinco de la tarde, el Padre Leónidas ha terminado su clase de latín y se ha quedado solo en su pupitre, corrigiendo los cuadernos de los cinco arrapiezos que se preparan para entrar en el Seminario.

Unos golpecitos tímidos a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abre y asoma una niña de catorce años, vacilante y desencajada. Dice apenas sin voz, apoyándose en el quicio:

—¡Padre, quiero comulgar!

No le ha oído bien el Padre Leónidas.

—¿Qué dices, niña?

—La comunión, quiero la comunión.

—¿A estas horas?

—Padre, vengo de lejos. Vengo de Bukaba.

—¿Por qué no has ido esta mañana a Rugucha, que te cogía más cerca? Allí han estado las benibikiras de tu pueblo.

—Vengo de Rugucha, Padre. Cuando llegué tú te habías marchado.

El Padre Leónidas saltó de su asiento. Eran las cinco de la tarde. Aquella pequeña y delicada criatura llevaba diez horas andando en busca de Jesús. De Bukaba a Rugucha y de Rugucha a Nayrobi, 19 kilómetros. En aquellas diez horas la intrépida niña había desafiado el sol, el hambre, la sed, el cansancio, las fieras de la selva, que no son ninguna broma, el peligro de caer desvanecida en medio del camino.

—Sí, hija mía, ahora mismo vas a recibir a Jesús.

La cogió en volandas y la llevó a la capilla. Se revistió a toda prisa la sobrepeñiz y la estola. Y cuando se volvió con el Copón en las manos para decir «Ecce Agnus Dei», se le hizo tal nudo en la garganta, que no fué Gracia Celia Benedicta, sino el Padre Leónidas quien rompió a llorar.

Jenaro Javier Vallejo

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Y nació Jesús de Nazaret, humiltemente, calladamente, ignorándole reyes y emperadores, países y naciones, hombres todos de un mundo que le esperaba cada uno para lograr un puesto mejor en la vi-

FRIO...

Diciembre. Blancas las cumbres de nieve. Camina el río bordando prados de escarcha y árboles descoloridos.

En una oquedad cualquiera, los pastores atéridos, intentando calentarse al fuego, huyen del frío.

Los rebaños, por el prado, en pelotones reunidos dándose calor, o en cuevas librándose del granizo,

Frío en el monte, en el campo, en la casa y el aprisco, y frío en los animales y pastores atéridos.

Frío en todo el mundo; hielo en las vidas y frío. todo frío... ¡Solo hay fuego en el corazón de un Niño! ..

Hermenegildo Rodríguez

da y un triunfo de los unos sobre los otros.

Extraordinaria lección, extraordinaria la pobreza, extraordinaria la sencillez y la humildad.

Contraste magnífico para los poderosos de la tierra.

Y después... su vida sigue siendo sencilla, apacible, serena, sin nada extraordinario en el monótono vivir de cada día. En ese monótono vivir de todos los días con el trabajo, con el cumplimiento de la misión asignada, estaba la paz y el mandato de Dios.

¿Y nosotros?

Esta vida nuestra, nos lleva y nos trae en un constante trajín que nos hace vivir algo apartados de la vida espiritual.

Es la obligación de nuestros deberes, de nuestras inquietudes humanas, que han venido así a nosotros, sin desearlas, sin que las buscáramos, sino que las obligaciones se nos fueron imponiendo, las necesidades nos empujaban y al darnos cuenta nos encontramos rodeados de inquietudes preocupaciones, trabajos, deberes, que llenaban algo más de las horas normales que el hombre legalmente ha señalado para su faena cotidiana.

Y apuradamente entramos en la Iglesia, visitamos con prisa al Santísimo que nos recibe con la paz y el amor que recibe a quien llega hasta él en una visita de amor. Y aprisa, a veces, cumplimos los deberes dominicales, recibimos a Dios, oímos Misa y pronto el trabajo nos ocupa, aunque el descanso dominical nos prohíba... pero al día siguiente el deber nos exige la terminación de un escrito, de un trabajo urgente del que dependen muchas cosas, del estudio de unos papeles que hemos de entregar forzosamente a fecha fija, y en esa

obsesión, nos detenemos a veces para interrogar al Cristo del hogar:

— Señor, yo bien quisiera no hacer nada hoy. Sería cómodo, grato, necesario, incluso para la salud, pero si no me iluminas no veo otra solución que luchar, trabajar, infatigablemente, constantemente. También sé que en este que-hacer constante, el no pecar, no tiene mérito alguno, pues me falta ocasión, y yo no sé si con la ocasión caería en pecado. Así no luchó y hasta ese mérito me falta.

Y el Señor parece mirarme con complacencia y animarme. Y le oigo en mi interior. El me anima, me dice que llegue hasta El cuantas veces encuentre un momento en mis obligaciones; que le dedique mis inquietudes, mis penas, mis agobios, mis preocupaciones. Sin desesperarme, sin que me abandone a la desesperación, sino que me entregue a la esperanza, El estará conmigo, me ayudará, me animará en mis empresas. Pero, también me dice, que no abandone las obras en que El ande por medio. Serán mi gran consuelo.

En el vivir vulgar y corriente, sin heroísmos de todos los días, con la simple lucha diaria de las obligaciones, de los deberes, podemos encontrar el camino de perfección si en todas ellas mezclamos a Dios, complicándole, por decirlo así, con nuestras constantes molestias en el honrado cumplimiento de cada día.

No llevemos a nuestro trabajo, poco o mucho, la desesperación ni el mal humor,

rodeémosle de amor, de caridad, de recuerdo constante de Dios para aprovechar doblemente nuestras actividades y saldremos ganando como se dice contablemente «por partida doble».

No lo olvidemos nunca. En cada acto humano podemos tenerle presente y El nos ayudará en la tarea y el resultado será extraordinario.

... y la sonrisa de Dios, alegró mi alma.

R.

Comentando
LA GRIPE III

Tres artículos sobre el manoseado tema de la gripe, creo que es más que suficiente; resulta más cargado que la misma enfermedad, a la que se quiso dar una importancia desorbitada. Pero sirva de disculpa en este caso, el que, al fin, y por no ser menos que los demás, he sufrido yo mismo las consecuencias de la tan cacareada enfermedad. Y fué así.

El termómetro marcó, a la sombra, más de 40 grados. Y yo, en la cama. Pero que conste, que a pesar de todas las opiniones en contra, cada vez que la enfermedad avanzaba, yo más me convencía de que de asiática no tenía nada. Era gripe española y a la española se la trató. Nada de exotismos, ya que los síntomas que yo sufrí, idénticos a las que sufrieron los más favorecidos por el mal, eran tan españoles, que para su curación no hubo necesidad de intérpretes que tradujesen al castellano ni los diagnósticos ni la terapéutica de tiempo, lugar y modo.

Y curé. Esto es lo más esencial, pero me hace volver la vista atrás y mirar a tantos y tantos que no pueden decir lo mismo por no haber querido ser españoles en su dolencia. De lo que si protesto es de que se haya aprovechado esta ocasión para unos fines publicitarios y económicos, que en

el mejor de los casos solo sirvieron para ganar un montón de pesetas por una parte y para perderlas sin mejoras de ninguna clase, por otra.

Se tuvo en tensión nerviosa a toda la nación para nada de provecho. Se llegó al estraperlo con la ocultación y acaparación de la inútil mercancía, y el nerviosismo solamente sirvió para aumentar el mal y para dar valor a la aprensión que se adueñó de muchas personas. Y todo esto se traduce en un ambiente de malestar, en una preocupación para las familias y un aumento de temor en los mismos enfermos. Y un desaliento en los bolsillos. Por eso yo no quise saber nada del Asia, y curé mi enfermedad con sistemas españoles, iguales a los que siempre dieron resultado en casos similares. Y digo similares porque tal eran, ya que no se les puede considerar como parecidos, sino como iguales.

Y aquí estoy, para lo que ustedes gusten. Tan guapo como antes, y con la satisfacción de no haberme dejado embaucar por la dudosa intención de quienes sembrando el pánico y el desconcierto restaron a los mismos enfermos la seguridad y garantía de su verdadero estado. Y me río de la China y de todo lo exótico del caso.

Soy español hasta con 40 de calentura.

HERO

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA
Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos para regalo.

Moros' núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA
y selectos para mesa
AGUSTIN SERRANO
COSECHERO
MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA

CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez
(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

GIJON

ALMACENES

Arbués

Planchas ACANALADAS

Covadonga, 27 : Gijón
Teléfono 1817

La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)